

EL HOMBRE PREMATURO
(CUENTO)



CONTINUACION:

II

El padre de Pepito, viudo, contaba cincuenta y dos años de trabajos y fatigas. Representaba más de setenta. A pesar de su delicado estado de salud, era vigoroso de alma.

Hombre sin oficio ni beneficio, a los veinte años, tuvo que alistarse como voluntario para la guerra de Africa. En ella conquistó laureles y gloria. De soldado raso, por méritos de guerra, ascendió a capitán. Cuando terminó la primera fase de la lucha, volvió al pueblo. Con un uniforme brillante y una hoja de servicios llena de heroicidades. En ella no figuraba la enfermedad que también conquistó en el campo de batalla. El gobierno no le concedió ninguna laureada. Pero se la concedió la guerra. Era una laureada que llevaba en el pecho. Por la parte de adentro. Todas las tardes, cuando el sol, en vez de quemar, besaba desapasionadamente el heno, Pepito y su padre salían a pasear. Iban a visitar una viña humilde que poseían a un kilómetro del pueblo. Pasaban por el Calvario, un paseo, en cuyas cunetas sin flores dormían penosamente los recuerdos. En medio, un banco de piedra pizarrosa, construido por la madre naturaleza. Allí se sentaban padre e hijo. Enfrente, estaba el cementerio, con su puerta de hierro siempre abierta. Por encima de las tapias rojizas, algunos mausoleos asomaban su blancura de paz.

—Ahí es donde está enterrada mamá y la hermanita, ¿verdad?

—Sí, hijo mío; al lado de ese angel tan alto. ¿Quiéres que vayamos?

Pepito y su padre miraban con silencioso respeto la sepultura. Era sencilla. Una losa seria, casi a flor de tierra con dos nombres y tres letras.

—Papá, ¿por qué esa sepultura es tan alta y la de mamá y la hermanita tan pequeña?

—Ya lo sabrás cuando seas hombre.

Calló Pepito. ¿Por qué no sería él un hombre para saber eso?

Siguieron caminando. El padre hablaba al hijo sin cesar. Quería quitar el sabor amargo a sus palabras anteriores. Y se contaba escenas de la guerra. Al niño se le ponía la carne de gallina. Tan espantosos eran aquellos relatos.

—¿Y por qué murió aquel hombre dando gritos?

—Le habían pegado un tiro en el vientre.

—¿Y los tiros en el vientre duelen mucho?

—Los que más duelen.

—¿Y por qué aquel hombre no pegó otro tiro al que se lo dió?

—No tenía fuerzas para coger el fusil.

El niño no se contentaba con este razonamiento. El sí hubiera tenido fuerzas suficientes.